

Clara Voghan

Pequeños Pecados

edición digital



Reading & relax, IV

© Clara Voghan, 2006

Todos los derechos reservados.

Exp. 464496

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO II

Samuel Cohen abrió la puerta de la oficina en el preciso momento en que el reloj de la entrada marcaba las ocho. Le dolía la cabeza, su estómago ardía, y su boca estaba reseca, pero era hora de empezar con su rutina, y él era un hombre de costumbres.

La oficina estaba desierta, así que atravesó el gran salón vacío y se encerró en su despacho, agradecido en su interior por tanto silencio. Pero, como siempre, su dicha fue corta: a los pocos minutos de llegado, alguien llamó a la puerta, y aquellos golpes retumbaron en el medio de su cerebro adolorido.

—¿Puedo pasar, Cohen?

—¿Qué haces aquí a esta hora?...

—No podía dormir. Tengo algo que decirte.

El jefe miró a su empleado a través de la espesa niebla que obnubilaba su razón.

—¿Vas a renunciar? —le preguntó.

—Por ahora no, pero... ¿Por qué pensaste que iba a hacerlo?

—Como apareces por aquí cuando se te da la gana... Y además, tal y como están las cosas, no creo que te resulte muy cómodo estar junto a Victoria.

Guillermo sonrió. Tenía un par de ases bajo la manga, y estaba dispuesto a usarlos.

—Por el contrario. He seguido tu consejo.

—¿A qué te refieres?

—Victoria y yo vamos a casarnos —dijo Guille con orgullo.

Cohen levantó la cabeza y lo miró con atención.

—¿Ya se lo has pedido?

—Anoche —respondió él, observando a su contrincante con aire triunfal.

Pero aquel hombre extraño tardó unos segundos en reaccionar. —Me parece bien —dijo al fin, sin mucho convencimiento—. ¿Y cuándo va a ser?

—Todavía no hemos fijado fecha. Primero Vicky tiene que resolver algunos asuntos...

Al escuchar estas palabras, Cohen observó a su empleado con desconfianza. —¿Y acaso tú sabes que asuntos son esos? —preguntó.

Guille le devolvió una mirada suspicaz. Cohen sabía... ¡Claro que sabía!. ¡Si él la había acompañado hasta el laboratorio!...

—No, no tengo ni idea —mintió Guille, fingiendo inocencia—. Pero parece que ayer la han llamado para darle una respuesta que estaba esperando, y por eso me pidió que te avisara que hoy no iba a poder venir a trabajar... Por cierto, yo tampoco voy a quedarme. Con esto del casamiento tengo miles de cosas que hacer. Y es que, si bien no tenemos fecha, hemos decidido que sea cuanto antes...

Guille sonrió satisfecho. Cohen parecía ausente. ¡Bien empleado lo tenía el muy perro! ¡Eso le ocurría por querer robarle su novia y la herencia!. Y ahora era él, Guille, el que se quedaba con la chica, y lo que era mejor, con todo el dinero.

Indiferente a su empleado, Cohen estaba inmerso en sus propios pensamientos: ¿Por qué Victoria no se había comunicado con él? Había chequeado su contestadora al levantarse, y nada. Sólo ocho llamadas desde un teléfono desconocido. Algún cliente molesto, quizás. Pero de Victoria, ni noticia. Era lógico. Era lo correcto. Ella no tenía por qué rendirle cuentas a nadie, y mucho menos a él. Pero entonces..., ¿por qué le dolía tanto su silencio?...

Resopló. Estaba muy sensible. Todo aquel asunto había removido cosas que... cosas que prefería olvidar. Y la noche anterior había logrado hacerlo. Una pequeña tregua. Una pequeña tregua que le había costado un horrible dolor de cabeza, ardor en el estómago, y dos botellas de whisky.

Las ocho de la mañana. Acurrucada en el asiento de atrás de aquel auto lujoso, Victoria sintió nuevamente esa urgencia sorda por hablar con Cohen. La misma que la había invadido la noche anterior, cuando había salido a buscar un teléfono en medio de la nada. Más que nunca, necesitaba oír su voz. Necesitaba que la calmara...

Quería contarle que ya sabía quien era, para que él la ayudara a entender quien había sido. Quería hablarle de Guille, y del anillo que llevaba en su bolso. Quería...

Buscó su teléfono móvil, pero pronto recordó que había quedado arrumbado en la pensión, junto con las demás cosas que formaban parte de un pasado, que ahora parecía remoto. Y quizás, se dijo a si misma, también era prudente dejar allí aquella nueva amistad con Cohen. Él era un hombre perturbador... Y ya estaba un poco asustada de necesitarlo tanto.

Sintió que se detenían, y miró por la ventanilla. El chofer estaba esperando a que un gran portal se terminara de abrir. Luego el auto comenzó a marchar a paso lento a través de un parque hermoso y bien cuidado, que servía de marco apropiado a una casona imponente.

El auto se detuvo frente a la puerta principal, y Victoria se quedó quieta, esperando. No sabía que hacer. Todo le daba vueltas y se sentía muy mal.

El chofer abrió la puerta, y ella se vió forzada a descender. Caminó unos pasos y cuando traspuso la entrada de la mansión, todo se volvió oscuro.

Y ya no pudo recordar más.

—¡Oye!. Mi escritorio está temblando... ¿No puedes dejar de moverte?

Guille no había dejado de sacudir su pierna izquierda desde las ocho de la mañana. ¡Y ya eran las siete de la tarde!

Estaba nervioso. Como era de imaginar, el miserable de Cohen lo había forzado a quedarse a trabajar (total, ¿para qué?, si él no era allí más que un cadete de lujo), y él había accedido sólo para poder controlar a aquel taimado. Durante aquellas once horas había chequeado incontables veces su teléfono móvil, y se había comunicado otras tantas a la pensión, pero... ¡nada!. Ni rastros de Victoria.

Por su parte, el mismo Cohen que lo había vuelto loco el día del entierro para que la encontrara, lucía ahora tranquilo y sereno a pesar de su ausencia. ¿Qué sabía Cohen que él ignoraba? ¿Se habría comunicado su novia con él?... No por el teléfono de línea, de eso estaba seguro, ya que había corrido para atender todas y cada una de las llamadas del día. Pero... ¿le habría hablado ella a su celular?... ¿Cuál era el grado de intimidad que había entre su prometida y el jefe?

Tenía que saber.

La oficina ya estaba casi vacía. Cohen seguía trabajando en la salita de la fotocopiadora, luchando con un balance

que debía presentar al día siguiente. Vázquez simulaba ordenar papeles (el muy maldito era un “chupamedias”, que siempre se quedaba tonteando después de hora, para quedar bien con el jefe).

Era el momento justo...

Guillermo tomó valor: —Voy a buscar a Cohen a su oficina —se apuró a decir en voz alta, mientras se dirigía con paso firme al despacho principal.

—No está allí. Está en la...

Pero fue inútil. Guille ya estaba a las puertas del santuario de Cohen. Vázquez lo observó con curiosidad. Y es que, en los dos meses que había trabajado allí, nunca había visto “al nuevo” hacer algo con tanta rapidez.

Ya solo en la oficina, Guillermo se abalanzó sobre el saco de su jefe. Buscó en cada uno de los mil bolsillos que tenía (¡con razón que el tipo insistía en llevar aquel adefesio! Su confección interior era tan prolija, que bien lo hubiera podido usar dado vuelta). Había de todo allí, menos el celular.

¿Dónde estaría?

Tapado por un papel, aquel telefonito de última generación, jugaba a las escondidas con él. Pero Guille no se dejó vencer. Se abalanzó sobre el lustroso aparato, y comenzó a manipularlo: llamadas recibidas..., llamadas perdidas..., memoria... ¡Nada!

—¿Necesitas hablar, Guillermo?

Aquel diablo lo había pescado in fraganti. Tenía que ser imaginativo, e inventar algo para que no sospechara lo que en realidad estaba buscando... Pero Guillermo no era un hombre de ideas rápidas...

—Quería saber si Victoria te había llamado —terminó confesando, muy a su pesar

—No, no lo hizo. Pero no creo que tengas de que preocuparte. Por el contrario, dale “aire”... Tiempo, para que pueda resolver sus problemas. Créeme, hay cosas en las que nadie puede ayudar...

Guille observó a su jefe de pies a cabeza. Parecía sincero y despreocupado.

Entonces...

¡Entonces era posible que Cohen nunca hubiera querido robarse a su novia!. Sí. Al ver su actitud en un momento en que tantas cosas estaban en juego, no le quedaban dudas. Todo aquel asunto no había sido más que un producto de su eterna inseguridad. ¡No había nada entre ellos! Y la atención que su jefe le había prestado en los últimos días a Victoria, era porque, enterado de la herencia, ya la veía como una cliente potencial... ¡Y aquel judío era capaz de cualquier cosa por un buen cliente!.

Guillermo se sintió aliviado. No. No había otro. Sólo él. El único, en el corazón de su novia... Y después de todo, era lógico:

¿Dónde iba a encontrar Victoria otro hombre así?

Victoria abrió los ojos. Dos hombres hermosos, la estaban mirando con atención.

Nunca había conocido tipos como aquellos en la vida real. Uno era moreno, con un corte de pelo como los que usaban los actores de la tele (muy cortito y con una ligera cresta). Vestía un traje fino, que le calzaba justo como para mostrar su cuerpo fuerte y bien torneado. El otro, a su derecha, era castaño, y tenía la mirada más dulce que ella hubiera visto jamás.

¿Se habría muerto, y estaría ahora custodiada por ángeles?

—¿Te sientes bien, Victoria?

El moreno le estaba hablando.

—¿Dónde estoy? —preguntó la muchacha.

—En la casa de los Ferrari —respondió el castaño, que era un poco más alto, pero igual de fornido—. Fue todo cuestión de entrar, y te desmayaste en mis brazos.

“Lástima no haber estado despierta”, pensó Victoria.

—¿Estás mareada? —insistió el otro.

—No... En realidad me siento muy bien —añadió, sorprendida.

—¿Me permites?

El hombre de traje tenía un estetoscopio que acercó al pecho de la muchacha. Recién entonces Victoria reparó en que estaba en una cama inmensa, vestida con una camisa de noche ajena, que no dejaba demasiado para la imaginación. Instintivamente se cubrió, algo avergonzada. Pero el buen mozo insistió: —¿Puedo?

—No recuerdo nada —comenzó a decir ella, mientras dejaba que aquel hombre increíble la auscultara.

—No hay mucho para recordar... Afortunadamente, Nicolás estaba allí para atajarte... —dijo, mientras se daba por satisfecho, y guardaba su instrumental.

—¿Qué tengo?

—Mi diagnóstico como cardiólogo: falta de comida y de sueño. Cuando llegaste parecías exhausta.

—¿Hace mucho que estoy durmiendo?... ¿Qué hora es?

—Las diez de la mañana —contestó el tal Nicolás.

—¡Las diez! —se sobresaltó ella—. ¡Hace una hora que tendría que haber llamado a mi jefe para avisarle que no iba a trabajar!

—No te preocupes. Ya debe haberlo notado... Me he permitido darte un sedante: has dormido por más de veinticinco horas. Hoy es jueves.

—¡Jueves! —repitió Victoria, incrédula.

—Y para continuar con el tratamiento, ya mismo le voy a avisar a Berta para que te suba un buen desayuno...

Los dos hombres se dispusieron a partir, y casi estaban en la puerta, cuando la voz de Victoria los detuvo.

—¿Y ustedes quienes son? —preguntó confundida.

Los jóvenes se miraron y sonrieron.

—Disculpa... No nos hemos presentado... Este es Nicolás Expósito, un antiguo amigo de la familia, a pesar de su corta edad —dijo el médico, señalando al castaño—. Y yo soy Fernando Aguirre, Fer. Soy amigo de Vanina.

La pobre muchacha lo miró sin entender.

—Una de tus hermanas —le aclaró—. Ahora come bien y descansa. Ya habrá tiempo para que conozcas a todos.

Los dos hombres se apuraron a partir, dejándola sola. Pero no habían pasado ni dos minutos, cuando una mujer mayor con uniforme, y llevando una bandeja repleta de comida, entró en el cuarto.

—Buenos días, señorita —dijo la mujer mecánicamente, mientras acomodaba la bandeja a un lado de la cama. Pero al levantar la cabeza, y toparse con la mirada de Victoria, se sorprendió. Fue un gesto involuntario, casi imperceptible. Pero de inmediato se repuso, y tomó distancia.

—¿Quién es usted? —preguntó Victoria con amabilidad.

—Mi nombre es Berta. He estado en el servicio de la casa por más de treinta años. Cualquier cosa que desee o necesite podrá pedírmela con sólo accionar el intercomunicador que está a su derecha.

—¿Y mi ropa?... Quisiera levantarme...

—Yo misma se la traeré en una hora, cuando regrese para prepararle el baño.

—Muchas gracias, pero...no necesito que lo haga.

—¿No va a bañarse?

—Sí, pero... Puedo arreglarme sola.

La empleada la miró con una cara amarga, y le contestó como si hubiera dicho un sacrilegio.

—Preparar su baño es una de mis tareas, y yo siempre cumplo con ellas.

Victoria no tuvo valor para oponerse. Aquella mujer la intimidaba. Y sólo cuando ya estaba por irse, se atrevió a preguntar.

—¿De quién es este cuarto?

La tal Berta la miró con odio.

—Era la habitación del difunto señor Ferrari.

La muchacha contempló aquel lugar espacioso con un dejo de esperanza. Buscaba algún objeto que le devolviera

algo del hombre que nunca había conocido. Pero nada. Ni un retrato, ni fotos... Sólo una hermosa biblioteca vacía.

—Parece como...

—La señora había comenzado a limpiar el cuarto para mudar aquí su gimnasio... —dijo la mujer, mirándola con desprecio. Y luego intentó irse, pero una vez más la voz de la muchacha la detuvo.

—¿Por qué me odia?

—¿Quién la odia?

—Usted... Me ha tratado como si fuera...

—Sólo cumplo con mi deber. No soy más que una empleada... —la interrumpió, mientras le daba la espalda. Luego comenzó a caminar hacia la puerta, y al llegar a ella, sin mirarla, añadió— , ... pero puedo darme cuenta cuando alguien ocupa un lugar que no merece.

Victoria se quedó atónita por aquellas palabras, el tiempo justo como para que la mujer cambiara la cara, y en un tono profesional añadió: —Si me lo permite, a las once de la mañana vendré para prepararle el baño. A las doce y media, la señora Mercedes y las señoritas la esperan en el estudio, junto con el abogado. No se preocupe. Yo la conduciré hasta allí... Ah!, por cierto... El teléfono de este cuarto no funciona. La señora lo hizo cortar cuando su marido enfermó... Pero, desde luego, en caso de necesitarlo, podrá hablar desde cualquier otra extensión de la casa...

Por un minuto Victoria esperó a que a aquella dama le crecieran colmillos, y se fuera volando. Pero nada. Como cualquier otro humano, usó la puerta para salir.

¡Aquello era demasiado!. La fortuna, la herencia, la mansión, la madrastra. Y encima el ama de llaves trastornada... ¿Es que acaso se había vuelto la protagonista de una novela barata?

Sin torturarse más, aprovechó la soledad para desahogarse. Hacía meses que no se sentía tan descansada. Lo que fuera que aquel tipo le hubiera dado, quería comprarlo por docena. También había que tener en cuenta que aquella cama inmensa (seguramente de dos metros) era muy distinta a su camastro habitual (de escasos ochenta centímetros).

Se puso de pie, mientras mordisqueaba las delicias de la bandeja, y comenzó a recorrer el cuarto en busca de alguna pista de su pasado. Pero no había nada allí. Los armarios, forrados de pura madera, estaban vacíos. La biblioteca que ocupaba dos de las paredes, apenas tenía un papel olvidado, y algo de tierra. El baño, con un hidromasaje inmenso en el centro, parecía salido de alguna de esas revistas de decoración (esas que Victoria solía ver en la sala de espera de las agencias de viajes que limpiaba).

En su deambular por el cuarto, se enfrentó a un espejo. Ella misma parecía otra, vestida con aquel camisón de lino blanco, transparentísimo. Y la luz cálida del sol del otoño, en combinación con todo el verde que se filtraba por las

ventanas, la hacía ver... hermosa. Sí, era como si tanto lujo y simetría se le estuvieran contagiando.

¿Qué se sentiría ser rica, y despertar allí todas las mañanas?...

Pero para su desgracia, la respuesta de aquella pregunta que había formulado con demasiada imprudencia, no se hizo esperar.

—¿Victoria?

Guillermo casi no podía escuchar el teléfono. Y es que en esa oficina todos se empeñaban en hablar, indiferentes a la importancia que aquel llamado tenía para él. Un llamado que había esperado inútilmente durante todo el día anterior...

—¡Pueden callarse— gritó a los demás trabajadores, que perdían su tiempo... trabajando. Y luego volvió a pegar su oreja al auricular: —¿Victoria? ¿Eres tú?

Del otro lado de la línea, la voz sonaba apenas audible.

—Sí, soy yo... Hola, Guille. Disculpa que no te llamé ayer, pero... Luego te explico. Es largo... ¿Está Cohen, por allí?

Instintivamente Guillermo dirigió la mirada hacia su jefe, reclinado unos escritorios más allá.

—No, no está... ¿Pero no te parece más lógico hablar con tu prometido, y no con él?

—No entiendes... A él lo necesito para...

La muchacha calló, pensativa.

¿Para qué lo necesitaba?

—Lo necesito para justificarme por la falta de ayer, y para informarle que, por un tiempo, no voy a poder ir a trabajar.

—Puedo decírselo yo.

—No... Mejor olvídalo. Voy a comunicarme con su teléfono móvil...

—Se lo han robado. No llames allí —mintió Guillermo.

Hubo un minuto de silencio entre ambos. Y luego Victoria continuó: —Entonces díselo tú. Y dile también que cuando pueda voy a hablarle.

—¿Y a mi?!... ¿A mi no vas a hablarme?... Soy tu prometido, ¿lo recuerdas?... Eso todavía sigue en pie, ¿no?

—Sí, claro... Pero por ahora tengo otros asuntos que resolver. Y cuando lo haya hecho, llegará el tiempo de que nos sentemos a hablar...

—Y de que fijemos fecha.

—Sí... De que fijemos fecha...— repitió Victoria, no muy convencida. Y colgó.

¿Qué era lo que estaba pasando? Dos semanas atrás, Guillermo no había querido hablar de matrimonio, y ahora insistía... ¿por qué?

¡No! Era imposible que supiera algo, pensó Victoria con remordimiento. Su cambio de actitud no podía ser más que fruto de su buena intención. Quizás porque había percibido un gran desasosiego en ella por su negativa, y quería enmendarlo. Quizás porque, al fin de cuentas, ella de verdad le interesaba... Sí... De eso estaba segura: Guillermo era una hermosa persona, y la amaba con todo su corazón.

—Señorita.

Victoria despertó de su ensueño. Otra vez esa bruja de Berta estaba a su lado. Desde hacía dos horas que aquella mujer se había convertido en su sombra. Y si bien bañarse en una tina repleta de burbujas y ponerse ropa limpiísima y perfumada, había resultado un placer, no lo había resultado tanto su compañía. Era como Droopy, el perrito de los dibujos animados, que siempre aparecía por todas partes.

—¿Señora? —le respondió Victoria en un tono burlón, que no por eso ocultaba su fastidio.

—Son las doce y media, y la están aguardando en el estudio.

Mansamente la muchacha se dejó guiar, aprovechando para contemplar aquella casa que ahora era la suya. Todo era hermoso, y estaba decorado con gusto y elegancia. Pero

había algo raro en ese lugar, algo que no resultaba del todo natural... ¿qué era?...

Victoria tardó unos minutos en darse cuenta: aquellos pasillos iluminados, cada uno de esos ambientes espaciosos, parecían sacados de la foto de una revista. Costaba pensar que alguien vivía allí. No había retratos familiares, sillas fuera de su sitio, o vasos abandonados en un descuido. Todo era prolijo y aséptico. Una casa deseada por todos, pero que no le pertenecía a nadie.

Tras caminar unos minutos, y bajar una escalera imponente, la tal Berta se detuvo, y dio un paso al costado. Ahora era ella, Victoria la que se enfrentaba a la puerta de su futuro y... ¿de su familia?.

Pero bastó entrar para que se decepcionara, al menos en parte. Había esperado encontrarse a si misma en la figura de sus hermanas. Por el contrario, las otras tres mujeres que había en la sala, además de sus tías, no tenían para nada aquel “aire de familia” que ella había visto en el espejo de la pensión. Eran parecidas entre si, pero muy distintas a ella. Si hubiera tenido que definir las con un mote común, las hubiera llamado “las mujeres de pecho grande”. Porque lo que más resaltaba de su anatomía eran aquellos pechos voluminosos, y extrañamente erguidos, que las tres mostraban con generosidad. Sus ojos eran marrones. Pero lo más curioso era su apariencia: una nariz chata, y los labios hinchados, como si acabaran de recibir un golpe. ¡Aquellos labios no podían ser reales!...

Las mujeres, por su parte, la observaron con descaro, y sin ocultar sus aires de superioridad. La mayor (seguramente la segunda esposa de su padre), era exactamente igual a una actriz de la televisión, que animaba un programa de concursos telefónicos. Como ella, su edad era indefinida, y su pelo largo, de un rubio platinado que hacía mal a la vista. La que le seguía, de unos veinte años (¿Vanina, la amiga de Fer?), estaba vestida con glamour y belleza. Era despampanante, y tenía la seguridad propia de una mujer que se sabía hermosa. La más pequeña, por el contrario, de un poco más de quince, tenía la vista fija en el piso, y una mirada lánguida que la emocionó. La pobre niña no parecía ser feliz...

Más allá, en el fondo de aquella sala amplia, apoyado en una ventana, estaba “Ojos dulces”, aquel muchacho que había conocido unas horas antes. Victoria intentó saludarlo, pero él parecía inmerso en sus propios pensamientos, así que desistió.

Un hombre mayor de mirada bondadosa surgió de la nada, y se aproximó a ella.

—Soy el doctor Amadeo Rolón, abogado y amigo de tu padre. Y en su nombre quisiera darte la bienvenida a esta familia, y...

No pudo continuar. La mujer de pelo platinado se apuró a interrumpirlo:

—Sí, sí... ¡Muy conmovedor!. Pero estamos aquí por negocios... —Y dicho esto se dirigió directamente a Victoria—: Yo soy Mercedes, la esposa de tu padre...

—La segunda esposa —acotó la tía Roberta, mientras se acomodaba con coquetería su ridículo pelo oscuro.

—La esposa que lo soportó por más de veinte años —se defendió con furia la otra, y volvió a encarar a su hijastra— : Mira, no se cuanto sabes tú del asunto... O cuanto te habrán contado tus queridas tías Cora y Roberta ... Pero los bienes de tu padre no eran tantos. El principal, la fábrica de “Calzados deportivos Ferrari”, estaba casi en quiebra. Afortunadamente el señor Roberto Loria nos ha hecho una oferta por ella más que generosa. Una oferta que hemos aceptado. La venta es un hecho y espero que...

—¡Eso lo veremos! —intervino Cora, la más canosa de las hermanas Ferrari.

—No hay mucho que ver. Tú y tu hermana tienen el diez por ciento de la empresa. El resto se reparte entre mis hijas, yo, y ...

La mujer miró a Victoria con desprecio y algo de asco, y luego continuó: —...esta nueva hija —dijo al fin. Y dirigiéndose nuevamente a sus cuñadas, gritó—: ¡La venta no se discute!

—No es así —terció el doctor Rolón.

—Yo soy la esposa. Por ley me corresponde la mitad de...

Pero Rolón no la dejó terminar: —De nada —dijo.

El muchacho de los ojos dulces, que contemplaba la escena desde el otro lado de la sala, agachó la cabeza y desvió la mirada. Era como si fuera culpable de algo de lo que allí se trataba. Victoria, que se sentía una simple espectadora en aquella lucha de intereses, lo había estado observando desde su llegada. Y es que había algo en aquel muchacho que la conmovía.

—¡Cómo que nada! —aulló la tal Mercedes, al escuchar las palabras del abogado. Y aquel grito hizo volver a Victoria a la realidad.

—Cálmate, por favor. No hagas otra de tus escenas —la reconvinó el abogado.

Pero la mujer seguía bramando, así que fue Cora, la más brava de las Ferrari, la que se impuso: —Razona, por favor. En el setenta y ocho nuestro hermano nos cedió a Roberta y a mi el diez por ciento de “Calzados deportivos Ferrari”. El resto lo puso a nombre de Margarita.

—¿Quién es Margarita? —preguntó con inocencia Victoria, que ya estaba mareada con tantos nombres.

—Tu madre —respondió la tía Roberta, como si tal cosa, y todos siguieron discutiendo.

Victoria, por el contrario, se estremeció. Ya no podía escuchar más.

¡Su madre!. Su verdadera madre... Margarita...

Y se dejó acariciar por aquel nombre dulce.

—¿Tienen alguna foto de ella? —preguntó, emocionada.

Pero nadie le respondió. Indiferentes, continuaban peleando. Pero la voz estridente de Mercedes se impuso sobre las demás:

—¿Entonces yo que tengo? —aulló.

—Deja que te explique —insistió Rolón—. Al ser el noventa por ciento de la fábrica un bien propio de Margarita, tras su muerte, Victoria heredó automáticamente el cuarenta y cinco por ciento del capital total. Ahora, con la desaparición de Aldo, el restante cuarenta y cinco por ciento deberá dividirse a partes iguales entre Vanina, Esmeralda, Victoria y tú. Por lo tanto, la decisión de la venta sólo puede ser tomada por tu hijastra, que tiene ahora la mayoría accionaria.

—Y entonces, ¿cuánto me toca de los dos millones —preguntó espantada Vanina.

—No están más los dos millones, estúpida— le aclaró su hermana menor, que hasta entonces se había mantenido con la vista fija en el piso, y un aire ausente—. Ahora todo es de ella —dijo, señalándola a Victoria.

—¡Esto es inaudito! —bramó Mercedes—. ¿Cómo se supone que vamos a sobrevivir?... ¿Con qué vamos a mantener esta casa?

—Bueno, querida, lamento decirte que ese tampoco será problema tuyo —dijo Rolón, sin poder esta vez ocultar la satisfacción que sentía—. Esta casa, los campos de Mendoza, la casona de Punta del Este, los cuadros... Todo eso es herencia de los Carreras...

—¿Quiénes son los Carreras? —volvió a preguntar Victoria. Pero otra vez nadie le respondió.

—¿Pero hay alguna puta cosa en esta herencia que fuera del inútil de mi marido?

—¡Por supuesto!. El auto, el velero y la amarra son bienes gananciales, es decir: del matrimonio. La mitad de ellos son tuyos. El resto de los bienes son legados de la familia Carreras a tu esposo, dados con la expresa condición de que fueran entregados a su nieta, cuando apareciera. Si Aldo fallecía, y no se podía encontrar a Victoria, todo pasaba al Hospital de Niños. Y, lamento decirte, tu tiempo se estaba agotando. Ya faltaban sólo dos meses para que tuvieras que entregar esta casa y las demás propiedades. Desde ese punto de vista, la llegada de tu hijastra ha sido una bendición para ti.

—¿La casa tampoco es nuestra? —decodificó Vanina, y buscó confirmación en “Ojos dulces”: —¿Es cierto eso?

El muchacho no respondió.

—Entonces nosotras solo retenemos el... ¿cuánto?...
¿Un miserable treinta y seis por ciento de la fábrica?

—¡No cuentes mi parte como si fuera tuya! —increpó a su madre Esmeralda, la más pequeña de las Ferrari—. No sueñes con poner tus garras en mi “once con veinticinco por ciento”. Yo me ocuparé de él cuando sea mayor de edad.

“¡Rápida para las cuentas!”, pensó Victoria. “Ésta es de las más”, se dijo. Y sonrió.

Había llegado la hora de intervenir.

—Yo... —comenzó.

Pero su tía Cora no la dejó terminar: —Tú tienes la obligación de salvar a la fábrica de la quiebra. Es nuestra única fuente de ingresos, y tú tienes que...

—¿Yo? —se defendió Victoria—. Yo no estoy capacitada como para...

—¡Tonterías! —la volvió a interrumpir la dama—. Tu padre dijo que eras brillante. ¿Y acaso no sacaste medalla de oro en tu promoción?

Victoria sonrió por la inocencia de su tía.

—Se necesita más que eso para ser una buena empresaria... —le dijo.

—¡Es tu obligación!... ¡Es el legado de tu padre! —se desesperó la tía Roberta.

—Era el sueño de tu padre... —agregó Cora con voz serena—. Y gracias a ese sueño pudo morir en paz.

Victoria la miró con recelo. Sabía que la estaba manipulando. Pero sus palabras no dejaban de tener por eso algo de verdad.

—Puedo intentarlo... —concedió al fin. Pero no la dejaron terminar. Ya las “hermanitas Ferrari”, y el buen Rolón, estaban festejando.

Victoria los observó en silencio. ¡Finalmente quedaban claros los motivos de “sus dulces tías” para buscarla con tanto empeño!

—¿Piensas mudarte aquí?

La voz de Mercedes la sorprendió.

¿Mudarse? No lo había pensado.

Por un instante Victoria visualizó su cuarto en la pensión: las paredes descascaradas, los pisos rotos, y aquel camastro vacío que había ocupado la que ella llamaba “madre”.

—No tengo otro sitio adonde ir —respondió al fin.

—Nosotras tampoco —dijo aquella mujer, en un tono lastimero que sonaba tan falso como el color de su pelo.

Pero inmediatamente pareció recordar algo, y volvió a aullar a Rolón, con altivez: —¿Al menos los muebles y los cuadros son nuestros?

—También de los Carreras —respondió el otro.

Ante tal aciaga noticia, por un momento la cara de Mercedes la traicionó. Pero en seguida retomó el tono suave que había usado antes, y volvió a dirigirse a su hijastra: —Como ves, estamos en la calle... Dependemos de ti... Y después de todo, ¿somos familia, no?

La muchacha sonrió para sus adentros: ¡Bonita reunión de familia!... ¡Y ella que pensaba que lo había visto todo en el funeral de la abuela Rojas!

—¿Piensas echarnos? —preguntó Vanina.

—Pienso quedarme, que es distinto. Por ahora me considero una huésped de esta casa —respondió la muchacha.

La tía Cora se puso de pie, y retomó el mando.

—Si queremos que Victoria ponga a las Industrias Ferrari en el lugar que tenía hace veinte años, todos tendremos que colaborar...

—Esto ya no me interesa —dijo Mercedes, aprestándose a irse.

Pero la voz de Cora la obligó a sentarse otra vez.

—¡No seas necia! De ella depende ese treinta y seis por ciento que te parece tan poca cosa. Si le va bien, todas seremos ricas. Pero si le va mal...tendrás que aprender a vivir en la pobreza.

—No veo como podemos ayudar —murmuró Mercedes, con enojo. Y añadió—: Te advierto que Roberto Loria es

un tipo de cuidado. Y no va a resignarse tan fácilmente a la anulación de la venta. Contrariándolo hemos ganado un enemigo muy peligroso.

—¡No le tenemos miedo a ese idiota de Loria— gritó la tía Roberta, que evidentemente desconocía de quien se estaba hablando.

Pero la tía Cora, sin escuchar a su hermana, insistió: —Querida Mercedes. Tú sólo ocúpate de seguir “siendo bonita”. De la misma forma en que pescaste a nuestro hermano, puedes enganchar a algún otro. Al tal Loria, si tanto te interesa. Pero, por lo demás, tú no eres útil, ni para esto, ni para nada... ¡Es a Vanina a la que preciso!

—¡No!... —se espantó la aludida—. No cuenten conmigo. Yo... Yo iba a hacer “cosas” con el veinte por ciento que era para mi. Y si ahora no me toca nada...

—¡No seas idiota! —la reconvino su madre—. ¡Estamos hundidas!, ¿no te das cuenta? Tu padre se las ingenió para arruinarnos. Así que es mejor que hagas lo que pide... “tu tía”. ¡Y aprende a callarte la boca!

Vanina miró con odio, pero se avino a escuchar las indicaciones de Cora.

—Tú, querida, tendrás que transformar a tu hermana Victoria. Comprenderás que no puede presentarse así frente a los demás miembros del Directorio. Necesito que se vea espléndida. Qué los demás la respeten con sólo mirar sus zapatos... ¡Y tendrás que hacerlo antes del lunes!

Vanina se enfrentó a su nueva hermana y la miró de pies a cabeza. Verlas así, una junto a la otra, era sorprendente. El cabello de Vanina, de un corte perfecto, estaba iluminado por mil reflejos. Era de un rubio ceniza, y le llegaba en capas hasta la mitad de la espalda. El de Victoria, en cambio, de un castaño que se negaba a oscurecer, con unas ondas desordenadas que formaban nudos alrededor de la cinta con que su dueña las había atado, era ingobernable. La ropa de Vanina parecía salida de una revista de modas: una camisa blanca transparente, que dejaba a la vista su escote generoso, y unos jeans con detalles de cuero, ajustadísimos, especialmente diseñados para definir el contorno de sus piernas largas. Por el contrario, Victoria llevaba una blusa suelta, cuidadosamente abotonada hasta el cuello, y un pantalón barato, de un negro dudoso, brillante a fuerza de chocar con la plancha. Pero el detalle que más las diferenciaba eran los zapatos: mientras la mayor de las Ferrari llevaba unas botas de cuero, de un tacón altísimo y una punta aguda imposible de pensar, los zapatos de su hermana... estaban rotos. Y no era sólo la suela desgastada. No. Era un agujero incipiente, que apenas se veía cuando ella caminaba por los pasillos del estudio de Cohen, pero que ahora, bajo aquella luz brillante, parecía un verdadero cráter.

—Arreglar a ésta me llevaría más de un año —fue el veredicto impiadoso de Vanina.

Victoria se avergonzó. Su hermana estaba en lo cierto, si es que ella todavía tenía algún arreglo.

—¡Tonterías! —insistió Cora—. Tendrá que ser para el lunes.

La pequeña Esmeralda salió de su ostracismo, y se enfrentó a su tía: —¿Sabes rezar? —le dijo.

Victoria sonrió. ¡Sí que era mordaz su hermanita menor! Y aunque su comentario no había sido agradable, al menos había sido inteligente. En lo personal, esa muchachita le simpatizaba.

—Bueno, todo resuelto... —se alegró Cora.

—No... No está todo resuelto —apuntó Rolón—. Necesito los resultados del ADN para comenzar los trámites cuanto antes. Y llevará algún tiempo hasta que Victoria pueda llevar legítimamente el apellido Ferrari.

—Pero, mientras tanto podrá tomar decisiones en la empresa, ¿no?

—Únicamente si la nombran presidente del directorio. Entonces no importaría el apellido.

—Se hará así —sentenció la vieja Cora, con autoridad.

Y esa “autoridad” enfureció a su cuñada. —¿Desde cuándo mandas tú, que sólo tienes un miserable diez por ciento? —gritó Mercedes.

Ambas mujeres volvieron a enfrentarse. Pero ya nadie les hizo caso. El grupo comenzó a disolverse. “Ojos dulces” se había acercado a las dos muchachas, y parecía estar consolándolas. Victoria, a pesar de que lo seguía

constantemente con su mirada, se acercó al doctor Rolón para agradecerle, y en busca de algún dato más sobre su padre. El viejo abogado no la defraudó. Le fascinó la dulzura con que aquel hombre se refirió a su amigo. Sus palabras le devolvieron algo de aquel recuerdo fugaz, aquellas dos horas en que había luchado por una calificación, sin darse cuenta que ese era el único tiempo que el destino le había asignado para conocer al hombre que le había regalado su mirada.

—A las nueve es la cena —gritó Mercedes, a modo de conclusión.

Poco a poco los presentes comenzaron a vaciar la sala. La última de todos fue Victoria. Y es que en realidad no sabía adonde dirigirse. ¿Cuál iba a ser su vida de ahora en más? ¿Qué lugar iba a ocupar Guillermo en ella?...

Pensó en su novio, y recordó que no había hablado con Cohen. Y se ruborizó.

Y como si se estuviera escapando de sus propios sentimientos, se apuró a salir al pasillo, con rumbo a ninguna parte.

“Cuatro vertical, seis letras: Dícese de la persona molesta, y...”

—Veo que estás muy ocupado.

Guille dio un involuntario respingo. ¡Cohen lo había pescado! Avergonzado, se apuró a esconder la revista de juegos que lo incriminaba entre las carpetas que se acumulaban frente a él. Su jefe, por su parte, lo observó hacer, y luego le devolvió una mirada cínica.

¡Odiaba a Cohen! ¡Odiaba la forma en que se las ingeniaba para hacerlo sentir un idiota! Y por cierto, ¿de dónde había salido, el muy maldito?.

—Es que quise relajarme un rato —se excusó Guille.

—Me imagino... Tanto trabajo te debe estar agotando, ¿no? —agregó Cohen, sarcástico.

—Es por lo de Victoria —confesó su pobre empleado, con tono lastimero—. Todavía no me ha llamado...—

Siempre era bueno invocar a Victoria cuando se hablaba con aquel maldito. Parecía el único tema que le ablandaba el corazón... Aunque, ¿qué estaba diciendo? ¡Cohen no tenía corazón!

—Después tendremos que hablar tú y yo... —le dijo su jefe con tono admonitorio—. Ahora, te encargo: ya que no te mueves del teléfono, si llaman del laboratorio díles que voy para allá. Y si llama Juárez, le dices que vuelvo en tres horas.

—Correcto. Confía en mi.

—No lo anotaste.

—Lo recuerdo.

—Dilo...

Con mala cara, su empleado intentó obedecer.

—Que si llama...

Guillermo miró a su jefe con ojos de víctima, y se apuró a tomar un lápiz y un papel.

—Si llama Juárez, regreso en tres horas —repitió su jefe, mientras aguardaba a que su empleado escribiera.

Una vez terminada la anotación, Cohen volvió a reconvenirlo.

—Mira, Guillermo, eres contador, y te pago como tal. Como secretario eres costoso y malo. Así que más vale que vayas pensando lo que quieres hacer con tu futuro.

Su empleado lo miró con desdén: —Lo tengo muy en claro —dijo.

—Mejor así. Luego hablaremos... Ahora sigue con lo que estabas haciendo...— ordenó el otro, sin pensar. Pero inmediatamente se corrigió—: ¡No! Mejor olvídate de tonterías, y empieza a trabajar. Aprovecha, mientras todavía tengas trabajo...

Y diciendo esto se alejó, sin esperar respuesta. Desde su escritorio, Guillermo comenzó a remedarlo:

“Empieza a trabajar”... —repitió en voz baja—
... ¡Idiota!

Cuando su jefe cerró finalmente la puerta, él se apuró a volver a sacar la revista y el lápiz que había ocultado.

“Cuatro vertical, seis letras: Dícese de la persona molesta...”

—¡Ya sé!... ¡Cohen!—

Guillermo sonrió, y meneó la cabeza, mientras comenzaba a mordisquear el lápiz. “¿Qué vaya pensando lo que quiero hacer de mi futuro?”, se dijo. “Ya se lo que quiero hacer de mi futuro, y seguramente no será pudrirme en este agujero”, murmuró.

¿Por qué Victoria no lo llamaba? No podía engañarse: su novia y su nueva fortuna eran el único futuro viable que tenía. Y es que en aquella madriguera él nunca iba a ser apreciado. En cambio, ya se veía a sí mismo como Presidente del Directorio de las Grandes Fábricas de Calzado Deportivo Ferrari y Puente... O mejor, Puente y Ferrari... Aunque en la Argentina era siempre bueno pasar desapercibido. No. No iba a poner su apellido en ningún sitio. Él sólo se iba a dedicar a aquello para lo que servía: las grandes decisiones. Las demás responsabilidades se las iba a dejar a Victoria... Y, por cierto: ¿dónde se había metido Victoria? ¿Tendría que recurrir de nuevo a Eduardo Rolón? No. No podía hacer eso. Porque aunque él le dijera donde estaba, Guillermo no podía aparecer por allí sin traicionarse. Se suponía que él no sabía nada de nada. Y si su novia llegaba a sospechar que él le había pedido matrimonio luego de enterarse de la herencia, le iba a

“cortar” de inmediato. Conociéndola, iba a pensar que lo había hecho por interés. Y eso no era cierto. A él no le interesaba el dinero. Él amaba a Victoria y siempre había estado dispuesto a casarse con ella. Claro que quizás no con tanto apuro, pero si las cosas se daban así... tenía que resignarse.

—¿Fatigado por el trabajo?

La voz de Vázquez lo sorprendió. Instintivamente volvió a ocultar la revista de juegos bajo las carpetas de trabajos atrasados. Su colega, como Cohen lo había hecho antes, lo observó hacer, con una sonrisa cruel en los labios.

—¿Qué quieres? —lo enfrentó Guillermo (después de todo, Vázquez no era su jefe).

—Hay reunión de todo el personal en la sala grande. Tal parece que tendremos que arreglarnos sin Victoria, así que vamos a reasignar las tareas, hasta que se consiga a alguien que la reemplace.

—Sí, claro. Por supuesto.

—¿Vienes?

—Sí... Voy... Ahora... Es decir, dentro de un rato... Ni bien...

Vázquez no esperó otra excusa, y se dirigió junto a los otros contadores al amplio salón que servía para las reuniones.

Por un glorioso minuto Guille se quedó solo en la oficina. ¡Hora de relajarse!

“Cuatro vertical, seis letras: Dícese de la persona molesta”...

¡Vázquez!

Ese tipo sí que era un latoso. ¿Qué pretendía? ¿Qué trabajara más por el mismo dinero? No tenía ninguna intención de moverse de su escritorio. No necesitaba quedar bien con nadie. Pronto sería rico.

—¿Qué estás haciendo?!

Esta vez fue la voz enojada de Victoria la que lo asustó. Sorprendido en falta, de nuevo ocultó la famosa revista. Su novia lo miraba, incrédula.

—¿Qué estabas haciendo? —le reprochó.

—Pensando en ti —respondió Guille, seguro de no faltar con eso a la verdad—. Me tenías...

—Muerto de preocupación, lo imagino. Pero últimamente mi vida se ha complicado un poco...

Guillermo se puso de pie para abrazarla, pero ella lo esquivó con gracia. Nunca le habían gustado las exhibiciones públicas, y aquella tarde no parecía dispuesta a hacer una excepción.

—¿Está Cohen? —preguntó la muchacha, mientras paseaba su mirada por el salón desierto. Y sus mejillas se

poblaron de un rubor imperceptible, pero suficiente como para encender las señales de alarma de su novio.

—Cohen se ha ido a hacer una auditoría al sur —mintió.

La cara de desilusión de su prometida le confirmó que había hecho lo correcto. Fuera por lo que fuera que Victoria se interesaba en el jefe, esa unión no podía más que perjudicarlo a él.

—¿Tienes el número de su teléfono celular? —insistió ella.

—No. Ya te dije que lo perdí.

—¿Lo perdí, o se lo robaron?

—¿Qué más da? Todavía no ha comprado otro.

Alguien de la sala de reuniones se asomó a la oficina. Guillermo lo notó de inmediato y se atemorizó. ¡No podía demorarse! Era imprescindible que se llevara a la futura señora de Puente lejos de aquella cueva de ratas. Un lugar que, de darse esa noche las cosas como esperaba, él mismo no iba a tener que pisar nunca más.

* * *

—¿Qué haces?

—El papel del idiota —se quejó el benemérito don Antonio, pilar de las industrias Ferrari por los últimos

veinte años—. Me han pedido que le lleve información de la empresa al “ama”. Y aquí estoy, como un idiota, reuniendo balances ...

—¿Al “ama”?... ¿A la heredera?... ¿Apareció finalmente?

—¿No sabías? Loria está que trina. La venta se ha caído para siempre.

—No. De seguro no será por mucho tiempo... Esta niña debe ser tan cándida como el resto de las Ferrari.

—¡Ni lo sueñes! La hermanita perdida no es ninguna idiota. Es una contadora diplomada, con varios años de experiencia en un estudio del barrio del Once.

—¿El barrio del Once? ¡Un lugar de judíos y coreanos! Todos negocios inmundos, y al borde de la ilegalidad.

—No es tan así. Como en cualquier sitio, hay de todo. Y, para nuestra desgracia, esta muchacha era la mano derecha de Samuel Cohen, un fulano con el que me he cruzado un par de veces. Un tipo de cuidado, al cual prefiero lejos de nuestra contabilidad, tan creativa...

Cardozo le hizo a su colega un gesto de complicidad, que el otro respondió con una sonrisa de entendimiento.

—Escucha, Antonio. Es mejor que sea yo el que reúna el material. Es jueves por la noche, y ya debes estar cansado. Además, no apruebo que alguien como tú pierda su tiempo haciendo las labores de un mísero secretario.

Don Antonio no necesitó más razones para dejar todo el asunto en manos de su compañero: a los diez minutos de recibir tan generosa oferta, se encontraba caminando por la calle, con total despreocupación.

Por su parte, una vez solo en la oficina, Cardozo se apuró a presionar el “tres” en el discado rápido de su teléfono móvil.

—¿Señor Loria?... Cardozo... Me he enterado... Sí, sí... ¡Claro que puedo!

Y tomando la carpeta para Victoria, con una sonrisa, añadió: —No se preocupe, ya tengo todo en mis manos...

* * *

Victoria removió el azúcar de su té. Era la quinta vez que lo hacía.

Se sentía incómoda.

Y no sólo eso. También se sentía algo melancólica, como si se le hubiese perdido algo que necesitaba recuperar.

—¿Y entonces? —insistió Guille.

—No me parecía correcto hablar de algo de lo que no estaba segura. Por eso mi silencio. Lamento que te haya dolido, pero recién hace dos días supe la verdad: soy la hija

del doctor Ferrari, el titular de una de las cátedras de auditoría en la facultad.

—¡Lo sabía!... ¡Sabía que Ramona Rojas no podía ser tu madre!

Victoria lo miró con sorpresa primero, y luego con desconfianza.

—¿Quién habló de mi madre?

Guillermo tragó saliva. Como siempre, había metido la pata.

—Pero no es tu madre, ¿no?

—No, no lo es... ¿Pero cómo lo has sabido?... Hasta que mis tías me lo confirmaron, nunca dudé, ni por un minuto, que Ramona fuera mi madre. Tú, en cambio...

—¡Vamos! Eso no es lo importante...

La muchacha entrecerró sus bellos ojos celestes, y frunció el entrecejo.

—Mira... —trató de excusarse él—. No te lo dije antes, para no lastimarte, pero... siempre tuve la sospecha de que había algo turbio en esa mujer, algo que...

Victoria se negó a seguir escuchando. Ahora entendía las palabras de Cohen. Ramona, la única madre que había conocido, había hecho algo horrible. Lo sabía, y no lo podía negar. Pero tampoco podía evitar rebelarse ante las críticas de un extraño, alguien que no había vivido todos

aquellos años junto a ella. No podía negar una prueba de ADN, pero la ausencia de esa mujer le dolía cada día más.

Se sentía tan sola...

Guillermo tomó su mano con fuerza.

— ...me tienes a mi —concluyó—. Y ahora, más que nunca, necesitas alguien a tu lado...

La muchacha lo miró, pensativa.

—¿Cuándo crees que regrese Cohen? —preguntó con inocencia.

Pero su novio nunca le respondió.

* * *

—¿Y Guille?...

Por toda respuesta Vázquez miró a su jefe con una sonrisa mordaz.

—¿Dónde se ha metido? —insistió éste.

—Se fue —le dijo—. Posiblemente terminó su crucigrama, y consideró oportuno irse a casa.

—Ya veo —respondió Cohen, sin poder ocultar su enojo.

—Creo que se fue con Victoria —agregó López, que acababa de llegar—. La vi junto a él, cuando estábamos en la sala de reuniones.

Sin poder disimular su interés, Cohen dejó las carpetas que estaba revisando, para interrogar a su empleado.

—¿Victoria?... ¿Estás seguro?

—Sí. Pero apenas se quedó un momento. Cuando vine a saludarla, ya no estaba.

Cohen no pudo evitar mostrar su decepción. Fue apenas una mueca imperceptible. Pero lo suficiente como para que Vázquez, su colega más antiguo, lo notara.

—¿La extrañas, no?— le dijo.

Pero aquel hombre duro lo fulminó con la mirada.

—¿A qué te refieres?—, lo confrontó de mal modo.

Vázquez se sorprendió, pero reaccionó de inmediato, con sagacidad: —A que esa niña era tu mano derecha. Y sin ella, el trabajo se acumula en tu escritorio.

Cohen se tranquilizó.

—Sí, claro. En verdad la extraño. Me va a costar bastante entrenar a otro profesional para que me asista. Victoria era brillante.

—Y muy hermosa —acotó López, con intención.

—Y muy hermosa —repitió Cohen, casi a su pesar.

Y sin mediar más palabras se apuró a encerrarse en su despacho. Su bunker privado.

López y Vázquez lo observaron irse, y luego se miraron entre ellos, sorprendidos.

¿Acaso Cohen era humano?

* * *

A pesar del viento frío, el olor a césped recién cortado lo inundaba todo. Era placentero estar allí, aún en medio de la noche. Sí, aquel parque era lo que más le gustaba de toda la mansión. Y es que, a diferencia de lo que ocurría en la casa, allí se podía respirar la vida.

Muchas veces había fantaseado con ser rica, y poder entrar en sitios hermosos. En especial, viviendo en Misiones, solía pasar una y otra vez por la casa de Don Facundo, un estanciero próspero del lugar. Se imaginaba viviendo allí, y tomando todas las tardes el té en el jardín... ¡Qué gracioso! Ese palacete venido a menos, que en su niñez le había parecido un verdadero castillo, no era nada en comparación con la casa Ferrari. Y sin embargo, ahora que era rica y vivía allí, no sentía la felicidad soñada, sino una profunda angustia.

No. No se trataba sólo de un montón de dinero que caía en sus manos al azar. No. Se trataba de una familia que no la quería, ni la esperaba; de una fábrica que sus tías creían inocentemente que ella era capaz de reflotar; y de una vida para la que, definitivamente, no estaba preparada.

Tenía un miedo horrible de fallar. De no dar la talla. Por eso, desde niña, se había sentido en la obligación de satisfacer las expectativas de todos. Quizás por ser hija de madre soltera, o por ser siempre la más pobre de los que la rodeaban, había crecido siendo conciente de la importancia del esfuerzo y del trabajo. Y toda su vida se había esmerado en prepararse para cada ocasión. En estar lista...

Y ahora, aquella vida soñada, caía sobre ella de improviso, atrapándola.

Y no sabía qué hacer.

Sólo pensar que tendría que entrar allí para la cena, la entristecía. Quería, en cambio, permanecer en aquel jardín para siemp...

—¿Qué haces?!

Su novio, enredado en su falda, estaba intentando bajarle la braga.

Victoria despertó como de un sueño. Guille la había estado acariciando desde que llegaron, y ella, indiferente, se había puesto a pensar.

Ahora él estaba rojo, encendido de pasión. La miraba con una lujuria y un deseo que no recordaba haber visto antes en sus ojos.

—Te necesito tanto, Victoria... Déjame... Déjame... Muero por metértela, y por...

La muchacha dio un respingo, y se puso fuera de su alcance.

Desde su nuevo lugar, iluminado por un farol, podía contemplar mejor a su novio. Efectivamente, temblaba de deseo, y su cara brillaba por el sudor. Se sorprendió. Las cosas entre ellos nunca habían sido así. Quizás en los primeros meses de noviazgos, con el placer del descubrimiento... Pero poco a poco su intimidad se había vuelto como el resto de su relación: divertida y confortable. Guille era, en el sexo, como en las demás cosas de su vida: un poco tibio y demasiado cómodo. Y ella siempre había tenido otros asuntos en que pensar... ¿Entonces a que venía tanto ardor?... ¿O era acaso el dinero un potente afrodisíaco?

—Más vale que vuelvas a tu casa y te pegues un baño de agua helada... —lo reconvino.

—No me dejes así... Tócame, siénteme... ¡Mira como estoy!

Guillermo intentó guiar su mano, pero Victoria se soltó con disgusto. ¿Con aquel tipo se iba a casar?...

—¿Qué te pasa?... —se enojó él—. ¿Es por Cohen, no?... ¡Se trata de Cohen!

La muchacha lo miró sorprendida.

—No digas tonterías... El problema eres tú. Tú estás cambiado... ¿Qué pretendías? ¿Poseerme aquí, en el jardín de una casa extraña?

—No. El problema no soy yo. El problema eres tú, que quieres ocultarme de tu nueva familia... ¿Te doy vergüenza, acaso?... ¿O es que ahora que eres rica, ya no quieres casarte conmigo?

Victoria se ruborizó. Sabía que el dinero producía extraños efectos en la gente, ¿pero también en ella?... Hacía apenas quince días soñaba con tener hijos con aquel hombre. Y hoy, verlo ofuscado por la pasión, la asqueaba. ¿Qué cosa había cambiado, excepto que ahora podía darse el lujo de comprar su propio futuro?

—Cuando te calmes, seguiremos hablando —dijo a modo de excusa. Quería que él entrara en razones, pero también necesitaba hacerlo ella—. Se ha hecho tarde. Me esperan a las nueve para comer. Mañana voy a estar ocupada todo el día. Pero el sábado te llamo, sin falta...

—¿Estás arrepentida del casamiento?

—Yo no he dicho eso... Ahora vete. Se hace tarde...

Como siempre, Guillermo la obedeció sin chistar. Victoria lo observó partir, en medio de un gran desasosiego. Se sentía sola y confundida.

—¡Guillermo! —le gritó cuando el otro estaba ya casi en la puerta.

Su novio se dio vuelta, ilusionado.

—No te olvides de avisarme cuando regrese Cohen —le suplicó.

El pobre muchacho se limitó a escucharla con recelo, pero no le contestó. Y luego siguió su camino, sin mirar atrás.

¿Qué le estaba ocurriendo a Guille? ¿Cómo podía ella...?

—Hola...

La voz profunda de Nicolás, el muchacho de ojos dulces, la sorprendió en medio de sus pensamientos.

—Hola —repitió él, pensando que Victoria no lo había escuchado la primera vez—. ¿Vas hacia la casa?

—Sí, por supuesto —contestó ella.

Y sin más palabras comenzaron a caminar juntos por el sendero arbolado que llevaba a la entrada principal.

El cerebro de Victoria corría más que sus piernas: ¿Desde cuándo estaría “Ojos dulces” parado allí? ¿Habría visto la “escenita” con Guillermo?...

Se sentía avergonzada. Y la presencia de aquel joven hermoso y fuerte, tan próximo a ella, no ayudaba en lo absoluto.

Ni bien llegaron hasta la puerta, la muchacha comenzó a rebuscar la llave que le habían entregado antes de salir, pero Nicolás se le adelantó, y con un gesto delicado le franqueó la entrada a la casa.

—¿Tú también tienes llave? —se extrañó Victoria.

—Yo también vivo aquí —confesó él, mientras agachaba la cabeza como si sintiera culpa. Era el mismo gesto que le había visto hacer por la mañana, en el estudio. Y luego añadió, casi a media voz—: ¿Hay algún problema con eso?

—No, claro que no —se apuró a responder Victoria.

“Ojos dulces” le sonrió. Y bastó aquel gesto mínimo para que ella se acalorara de una forma inquietante. Con un fuego, que ni las caricias escandalosas de su novio habían logrado encender.

Su corazón latía con fuerza, y sus mejillas comenzaron a enrojecer.

¿Se daría cuenta Nicolás de lo que le pasaba? No quería quedar como una desesperada frente a él. Pero le era imposible dominarse. No sabía como hacer para que sus sentimientos no se notaran a flor de piel. ¡Era una idiota! Es que, a pesar de que había pasado los últimos años de su vida en un eterno noviazgo, carecía de la más mínima

experiencia con los hombres. Después de todo, Guille apenas era un niño.

De nuevo la voz varonil de su acompañante la sorprendió en medio de sus pensamientos.

—¿”Manos rápidas” es tu novio?

La cara de la muchacha se puso aun más roja...

—¿Quién? —preguntó Victoria con inocencia, sólo para poder ganar tiempo, y así pensar una buena respuesta.

—El muchacho que estaba contigo en el jardín.

Pero, olvidando todo cálculo o conveniencia, Victoria (como hacía siempre) optó simplemente por responder la verdad: —Hace siete años que salimos. Pronto nos vamos a casar.

—¿Siete años? —respondió el otro, pensativo—. Entonces ya estás conviviendo con él...

—¡No! —se horrorizó Victoria (no tanto por defender su virtud, sino porque su novio le causaba ahora un poco de vergüenza)

—¡Qué raro!... Al verlos pensé que...

—¿Qué pensaste?

—¡Nada!... ¡Siete años!... No ha sido precisamente un romance apasionado... —reflexionó, sin ocultar su sorna.

—No, no lo ha sido —se limitó a responder ella, ofendida—. Por cierto: son las nueve. Se hace tarde. Y no estoy acostumbrada a hacerme desear...

Nicolás se rió por la ocurrencia, pero al ver la cara de disgusto de la muchacha, se disculpó: —Perdona. Creí que era un juego de palabras...

Victoria sólo atinó a darle la espalda, y a caminar con paso rápido hacia el comedor. ¡Muy rápido! Lo suficiente como para justificar sus mejillas rojas, y aquel nuevo ardor que comenzaba a inundar su cuerpo. Un calor que mezclaba la vergüenza, y un desconocido placer.

* * *

— ¿Y la hermanita perdida? —preguntó Vanina con sorna, mientras se sentaba a desayunar. Desde el otro lado de la mesa, Esmeralda, su hermana, largó una carcajada tan seca, como falsa. Mercedes, por su parte, se limitó a hacer una mueca de disgusto, mientras Berta comenzaba a recitar, en un tono monocorde— La señorita Victoria se levantó casi a la madrugada, y...

Vanina la interrumpió: —¡Ahora es de madrugada!

—¡Son las diez de la mañana! —corrigió su hermana, con ironía.

—¡Cállate gorda! A ti no te hace nada levantarte a las diez, porque no tienes vida. Todavía eres una borrega que debe ir al colegio... A propósito: ¿hoy tampoco has ido?

—Estoy deprimida —contestó la otra, mientras regresaba a la fuente, intacta, la galleta que acababa de tomar.

—¡Siempre estás deprimida!... Esto es gracioso. Si yo dejo el colegio, soy una vaga. Si ella lo deja, está deprimida... ¡No es justo!... Mira, gorda, te lo digo por tu bien: en esta familia yo soy la linda, y tú la inteligente... Si te quedas burra, ya no vas a tener nada.

Esmeralda intentó contestar algo, pero la voz de su madre se impuso:

—¡Basta!... Odio que peleen por tonterías. Y además, saben que estoy muy sensible a la mañana... No soy nada si antes no he nadado dos “largos” completos... Y, por cierto, Esmeralda, sería muy bueno para ti que me acompañaras. Ya han arreglado la piscina de “nado contra corriente”. Luego podríamos asolearnos un poco. La cama tenía dos tubos rotos, pero ya los he reemplazado...

—¡Odio esa cama solar! Cuando cierras la tapa, me parece estar acostada en un ataúd... —se defendió la muchacha, en tono lúgubre.

—¡Tonterías! —se impuso su madre—. Aunque usted no quiera, señorita, la voy a obligar. ¿O acaso cree que puede hacer aquí lo que se le da la gana?... ¿Odias la cama solar?

Pues yo odio ese tono verde que heredaste de tu padre... Así que, ni bien acabes de desayunar, te espero en el solarium. ¡Sin discusiones!... En cuanto a ti, Vanina... Quiero imaginar que ya has preparado todo como para darle el gusto a la estúpida de tu tía Cora. Tendrás que transformar a esa sirvienta en algo más tolerable a la vista...

La respuesta de la joven fue rápida: —Por supuesto, mami —dijo en tono obediente—. Ya he arreglado citas con todo el mundo. Créeme... después de este día, te será muy difícil reconocerla...

Al ver la sonrisa confiada de su hija, Mercedes también sonrió. Ser madre era algo fatigoso, y ya había hecho suficiente por aquel día. Llegaba ahora el momento de gratificarse, y sólo pensar en sí misma.

—Voy al solarium —dijo—. No me molesten a menos de que alguien muera... A ti, Vanina, te veré a la hora de la cena. En cuanto a ti...

Miró a Esmeralda, y esta le devolvió una mueca de desagrado.

Mercedes sonrió satisfecha, y luego se apuró a irse, antes de que se presentara algo más. Con ella, se retiró Berta, y las dos muchachas quedaron solas.

—¿De verdad vas a ir a la cama solar?

—¡Ni loca!... La última vez tuve quemaduras de segundo grado. Mamá lo soporta porque, a fuerza de asolearse, ya tiene cuero de chanco, pero...

—Va a enojarse... —la previno su hermana mayor—. Esto de ser pobre la tiene mal, y parece determinada a...

—¡No seas tonta!... En media hora ya se le habrá frito un poco más el cerebro, y se habrá olvidado...

Vanina sonrió, y mordisqueó su tercera galleta, que como las otras dos, fue a parar olvidada a su plato.

—¿Y tú? —preguntó Esmeralda.

—¿Yo qué?

—¿Qué estás tramando?... No me trago eso de que estás dispuesta a hacerle de niñera a la nueva...

—Oye, el personal de servicio es ella, y no yo. ¡No pienso trabajar para una mucama!... ¿La tía Cora quiere que la cambie? ¡Sí que la voy a cambiar!... Primero la llevaré al “Salón D’Arts”...

—¡Tu maldad no tiene límites! —se entusiasmó Esmeralda, y, por primera vez en toda la mañana, sonrió con sinceridad.

—¿Por qué?... ¿Crees que “Madame” le estropeará el pelo con alguna de sus “tinturas especiales”, o crees que la rapará en algún descuido?...

—¡De seguro será una cosa “y” la otra!... ¡Me encanta!...

—Luego tengo un turno de depilación de cejas con...

—¡Anita!... Eso es demasiada maldad... Cuando Anita acabe con ella, no la reconocerá ni su madre... ¡Ni la falsa, ni la verdadera!

—De eso se trata: voy a hacerle caso a mi tía... No me queda otra —dijo Vanina, con un mohín de sumisión—. Pero, eso sí... Si las cosas no salen como ella lo planeaba, la entenderé si no vuelve a requerirme para nada más...

Las dos hermanas comenzaron a reír.

La diversión acababa de empezar.

* * *

Victoria siempre se había definido a sí misma como una mujer “con la cabeza bien puesta”. Nunca se había sentido incluida en aquella vanidad típicamente femenina. Y tampoco creía ser competitiva con las demás mujeres, o seductora con los varones... Sólo una chica regular, no del todo fea, que podía mirar cualquier escaparate sabiendo que encontraría ropa de su talla (una verdadera hazaña en la Argentina, dónde sólo se fabricaban dos talles: “raquílica”, y “escueta”. Ella, por fortuna, era “escueta”. De lo contrario no lo hubiera podido pagar).

Pero a pesar de no compartir esas características tan femeninas, aquella excursión hacia la belleza, la emocionaba. Primero, porque resultaba una buena excusa para pasar tiempo junto a su nueva hermana. Pero, además... ¡Vamos!. Era inútil mentir: quería, aunque fuera una sola vez en su vida, comprar ropa por lo linda, y no por el precio. O dejarse cautivar por un color extravagante, y no sólo tener que elegir “los que combinan con todo”. O sentarse en una buena peluquería, sin tener que cortarse el pelo “de parada”, mirándose en el espejo mínimo del pensionado, y en sólo medio minuto (lo que restaba, luego de bañarse en cuatro, y cambiarse en el otro medio).

El poder gastar el dinero sin demasiada culpa era, hasta ahora, la única parte de “ser rica” que la entusiasmaba (junto con el hidromasaje y la cama mullida, por supuesto). Todo lo demás sólo era como una complicación mayor, en su ya complicada vida.

Esa mañana se había permitido remolonear un poco, bajando a desayunar recién a las siete y treinta. El personal no parecía esperarla, así que se había dado la pequeña satisfacción de sorprender incluso a la mismísima Berta.

Luego se había encerrado en el despacho de su padre, con la excusa de revisar las cuentas de la casa, pero con la secreta intención de buscar alguna señal de su propio pasado. ¡Inútil!. Como en el resto de la mansión, todo parecía listo “para la foto”: folios cuidadosamente archivados, con rótulos y separadores; lápices en el lapicero, todos nuevos y con punta; gomas de borrar

inmaculadas. Nada que delatara que allí había pasado muchas horas de su vida un hombre real. Quizás por eso, como un gesto de rebeldía, antes de ponerse a trabajar, Victoria produjo un pequeño desorden. Arrancó dos o tres hojas del anotador, las estrujó, y las tiró al papelerero. Y luego se adueñó de uno de los lápices de punta aguzada, y le sacó más punta aún. A ese siguieron otros tres, que se apuró a colocar de nuevo en su lugar. Y esa diferencia de tamaño entre cada uno de ellos, y los restos de madera y mina tirados por doquier, le permitieron aquietar su alma, e iniciar el trabajo.

Las cuentas de la mansión eran ridículas: champagne francés a baldes, caviar, tres cocineras a tiempo completo, un chofer, un “personal trainer”, una empresa de vigilancia, custodios, el arreglo de una piscina de “nado contracorriente” (¿qué era eso?)... ¡Una locura!

Por mucho que estuviera entrenada para manejar cifras, aquello era imposible. Y es que antes, cuando iba junto a Cohen a una empresa para hacer una auditoría contable, mil pesos eran simplemente un uno seguido de tres ceros. Ahora, en cambio, eran un montón de dinero que salía de su propio bolsillo. Un bolsillo cuidadosamente entrenado para cuidar hasta el último centavo, y que ahora tenía que mirar hacia otro lado cuando se hablaba de pequeñas fortunas... ¡Muy difícil!

Por eso había tenido que salir a caminar por el parque. Para serenarse (y de paso para ver si se chocaba con “Ojos dulces”). Para poder enfrentarse a la pelea que le esperaba.

Y por eso aquel “recreo” que iba a tomarse yendo de compras, le venía tan bien. Su hermana era hermosa, y elegante. De seguro podía confiar en su buen juicio para que la ayudara en un campo tan desconocido para ella...

Sí, de seguro podía confiar.

* * *

—Cohen...

Vázquez llamó a su jefe en voz baja, tratando de disimular su preocupación.

—Disculpa Cohen, pero has cometido otro error aquí, y...

—Tienes razón... ¡Cómo pude confundirme así! No sé en lo que estaba pensando...

Era mentira. Sabía perfectamente que era aquello que le estaba impidiendo seguir adelante con su vida, pero no tenía el valor de reconocerlo ante los demás, y, lo que era peor, tampoco ante sí mismo.

—¿Te sientes bien, Cohen?

Su empleado más antiguo sonaba auténticamente preocupado. Nunca, en tantos años, el jefe se había permitido ni la más mínima falla, y ahora...

Pero como siempre que la charla giraba hacia lo personal, Cohen se apuró a desviarla:

—¿Sabes algo de Guillermo?

—Sí. Hace veinte minutos que te espera en tu despacho.

Casi como si se escapara de Vázquez, Cohen se apuró a entrar en su bunker privado. Allí, cómodamente apoltronado en el sillón del jefe, Guillermo dormitaba.

—Estaba esperando tu telegrama de renuncia —fue el único saludo que tuvo para con su subordinado.

Guille despertó sobresaltado, pero de inmediato se repuso y le respondió, mientras lo miraba con desdén:

—No creía que fuera necesario. Pensé que estábamos más allá de esos pequeños formulismos —Y dicho esto, comenzó a girar en aquel sillón grande y ajeno, con total descaro—. Es increíble como se ve todo muy distinto desde aquí —agregó en tono condescendiente.

Cohen, con su casi metro noventa, y un rojo intenso que se comunicaba desde su pelo a su barba, y de ésta a toda su cara, y, sobre todo a sus ojos, de los que ya parecían salir encendidas llamaradas, se paró junto a él, lo detuvo en seco en medio de un giro, y se le enfrentó:

—Sí. Las responsabilidades y el trabajo pueden verse desde allí con mucha más facilidad.

Guillermo se amedrentó y, sumisamente, se apuró a dejar libre aquel lugar que, como el traje de Cohen, era demasiado grande para él.

—Mira, amigo, cálmate. He venido en son de paz. Sólo quería decirte que, como sabes, mi Victoria ha heredado algún dinero, y...

—No, no sé nada —mintió el otro con convicción.

—¡Imposible! Si yo mismo los vi cuando...

Pero bastó ver la sonrisa de Cohen, para que Guille se diera cuenta del grave error que acababa de cometer.

—¿Así que por eso cambiaste de actitud respecto del matrimonio, no? Te enteraste de la herencia y...

—¡No! ¡En lo absoluto! No lo supe hasta mucho después... Los seguí, es cierto. Pero no entendí nada hasta que Victoria me confesó que era hija de Ferrari...

“Una respuesta bastante rápida para alguien tan lento”, pensó Guille con orgullo.

Cohen, por su parte, se limitó a mirarlo con desconfianza.

—¿Qué has venido a buscar, Guillermo?

—Nada... Sólo quise saludarte. Pienso tomarme un tiempo de descanso antes de hacerme cargo de... de los intereses de Victoria. Así que entenderás que no vuelva a

trabajar aquí... Además, siempre supe que esto estaba muy por debajo de mi potencial...

—Eso es lo malo del potencial, “amigo”. Dicen que está, pero no se ve. Yo nunca tuve potencial... Victoria no lo tuvo... Nosotros no tuvimos más remedio que actuar siempre al máximo de nuestras posibilidades, mientras que tú, y “tu potencial” siempre se limitaron a prometer.

—¿Me estás llamando inútil?

—¡Bravo!... Caíste... Sí, te llamo inútil.

—¡Vamos a ver qué piensas cuando me haga cargo de las Industrias Ferrari!

—Pensaré que eres un inútil, y un mantenido, único oficio, por otra parte, para el que verdaderamente has demostrado vocación.

—¡Cómo te...

—Siempre me pregunté qué veía Victoria en ti. Luego me di cuenta de que para ella eras una especie de perrito faldero. Una mascota a la que uno se resigna a darle de comer, brindarle atención, e, incluso, a recoger sus excrementos, sólo a cambio de tener a alguien para acariciar cuando se regresa a casa... ¡Pero Victoria merece mucho más!

Guillermo se envalentonó:

—¿Qué? ¿Acaso a alguien como tú?

Cohen agachó la cabeza, exhausto.

—No. Ella merece mucho más —musitó—. Ahora, Guillermo, aléjate de aquí y no vuelvas. Hace rato que ando con ganas de golpear a alguien, y tal parece que eres el mejor candidato.

Guillermo, como buen cobarde, se apuró a correr hacia la puerta. Su intención había sido alardear un poco frente a Cohen, pero no la de terminar lastimado. Después de todo, ya había llegado la hora de cerrar los ojos a aquel pasado funesto, y abrirlos a un futuro brillante.

—Espera Guillermo...

La voz de su jefe lo interrumpió en el preciso momento en que se aprestaba a salir. Sin embargo, sumiso, se detuvo y lo escuchó:

—Dile a Victoria... —comenzó a decir aquel hombre, que ahora parecía viejo y vencido.

Pero de inmediato se interrumpió.

—No, mejor no le digas nada... Ya es muy tarde.

* * *

—¡Ya es muy tarde! —se escandalizó Victoria, mientras se revolvía en el asiento trasero del lujoso auto de la familia.

—No, en absoluto —trató de tranquilizarla su hermana Vanina—. Tienes cita en el Salón D’Arts recién a las once de la mañana... ¡Te va a encantar! ¡Es el “top del top”!

Victoria observó a su hermana con detenimiento. Se la veía distendida, confiada, e increíblemente feliz. Cosa rara, ya que siempre que habían estado juntas con anterioridad, el gesto de Vanina le había traído a la memoria una expresión grosera que se usaba en su pueblo. Grosera, pero muy gráfica. Y es que siempre, a pesar de su belleza, era como si, en verdad, tuviera “un palo en el culo”. En cambio, esa mañana parecía encantada. Quizás porque las compras eran definitivamente “lo suyo”, o quizás...

Cuando llegaron al D’arts, Victoria sufrió una ligera decepción. No era precisamente lo que había imaginado. Y “Madame”, una dama cincuentona que se había apurado a recibirlas, no era lo que, en un sentido clásico, se podía llamar “elegante”... Pero, después de todo, ¿quién era ella, Victoria, para juzgar esas cosas?... ¿O acaso no confiaba en su propia hermana?

—Ven, querida... Siéntate aquí y relájate... Ya vamos a empezar...

Victoria miró la sonrisa encantadora de su hermana, y también sonrió con agrado.

—¿Sabes, “Madame?... —comenzó a decir—, mi hermana ha sido tan dulce al traerme aquí, que he decidido que no permitiré que me cortes sin que antes le cortes a ella...

La sonrisa de Vanina se desdibujó, pero hizo lo que estuvo a su alcance por recobrar la calma:

—Eso es imposible, Victoria. Este es un salón importante, y sólo pueden atenderme con cita previa...

—¡No digas tonterías, hermanita! Estoy segura de que “Madame” podrá hacer una excepción...

—¡Por supuesto! —respondió la aludida, mientras acomodaba su pelo multicolor—. Esta bandida me ha sido infiel, y ardo en deseos de modelar su cabello, que buena falta le hace, y darle el más especial de los tonos de mi paleta... ¡Lo mío es puro arte!

—Entonces, ¡ni hablar! —acordó Victoria, encantada, mientras obligaba a su hermanita a tomar su sitio en el cadalso.

—Siéntate tranquila, querida, que voy a buscar mi tijera de la suerte, y enseguida comenzamos —dijo aquella mujer, mientras corría en busca de su ayudante.

—No puedes obligarme... —suplicó Vanina.

—¿Por qué? ¿No confías en “Madame”? Si me has traído hasta aquí de seguro es porque la crees muy capacitada... —respondió su hermana, con picardía.

De la nada, surgió la estilista, que parecía ahora particularmente inspirada. Tanto, que su “inspiración” podía olerse a varios metros de distancia.

—¡Aquí está mi tijera! ¡Estoy lista para empezar!

Vanina cerró los ojos y se preparó para lo peor. Pero su hermana le dio el indulto de la última hora:

—No, “Madame” no será posible que le cortes hoy. La pobrecita de Vanina se siente mal, y creo que lo más prudente será llevarla de inmediato a casa. ¡Lástima! Se la veía tan feliz cuando veníamos aquí...

Ya en la calle, Victoria enfrentó a su hermana:

—Basta de juegos, Vanina... Haré de cuenta que esto nunca ocurrió, así que... ¿empezamos otra vez?...

¿Se había apurado en perdonar a su hermana? El tiempo le demostró que no.

Como Victoria imaginaba, cuando Vanina no trataba de pasarse de lista, no era ninguna tonta. La niña sabía donde comprar, como diferenciar las texturas, elegir los buenos cortes, o combinar los colores. Todo, excepto controlar los precios. Y es que la sola idea del dinero parecía incomodarla. Era como si su hermana hubiera nacido en una especie de paraíso terrenal, auspiciado por los grandes diseñadores, donde bastaba con desear algo, para llevarlo a casa sin más trámite. Y si bien aquella extraña concepción de la vida escandalizaba a Victoria, por aquel día se permitió disfrutarla.

Cuando era pobre, sus excursiones de compra siempre eran frustrantes: recorrer miles de negocios, priorizando el precio, y sufriendo los embates de jovencitas mal pagas, más interesadas en mostrarse, que en vender. Aquel día, en cambio, descubrió, de la mano de su hermana, el placer de visitar sólo unas poquísimas tiendas, muy exclusivas, con vendedoras siempre dispuestas, y con probadores inmensos y bien iluminados. La precisión del corte de las prendas, las terminaciones cuidadas, o el tacto suave de las telas, constituían un verdadero placer para los sentidos, en el que se dejó envolver con agrado.

Los zapatos fue todo otro tema. Pocas veces se había permitido las delicias del cuero en su vida de pobre, pero aquel cuero que tocaba ahora era de una suavidad y un color inusitados.

Para las dos de la tarde Victoria había renunciado a hacer más cuentas, y las bolsas ya superaban la capacidad del gran baúl del auto.

A las tres de la tarde, y luego de un ligero refrigerio, las dos hermanas Ferrari se dirigieron satisfechas hacia el Salón y Spa más prestigioso de la ciudad. Bastó con entrar para que se notara la diferencia con el D'Arts. Mientras que en aquel primaba la bohemia, en éste se respiraba un perfume intenso a elegancia y belleza.

Agotada por las compras de la mañana, inocentemente Victoria había pensado que ahora se iniciaba la parte más placentera del día. ¡Craso error! Y es que la pobre

muchacha nunca antes había experimentado el dolor de la hermosura.

Primero fue Nina, su estilista asignada, la que decidió iluminar su bello tono castaño con cientos de reflejos dorados, tarea que Victoria, desde su inexperiencia, consideró rápida y fácil. Sospechó que la cosa bien podía ser algo distinta, ni bien comenzaron a ajustar una gorra plástica a su cráneo, usando para ello miles de alfileres, y pegándole más de un tirón. Pero cuando la tal Nina extrajo de su bolsillo una pequeña y afiladísima aguja de crochet, de verdad se empezó a preocupar. Y cuando ya se había arrepentido de todo el asunto, no le quedó más que resignarse a cientos de picotazos en su cuero cabelludo, en busca de otros tantos pequeñísimos mechones de pelo que, al parecer, hacían una gran diferencia. Victoria cerraba los ojos ante cada pinchazo, reviviendo, muy a su pesar, la traumática experiencia que había tenido a los tres años, cuando por error había quedado encerrada en el gallinero que tenía su madre.

Y cuando ya parecía una extraña guerrera futurista, vino el tirón final a cada uno de esos mechones, para que ninguna raíz traicionera quedara agazapada por debajo del plástico. Pero tanto trabajo se justificó cuando aquellos cabellos seleccionados fueron teñidos con una pintura color azul, cuyos efluvios comenzaron a marear a la muchacha.

—Ahora deberás esperar unos minutos —le dijo Nina.

¡Esperar!... “Descansar” fue la traducción que inocentemente hizo Victoria. Pero, ¡qué va!. Una señorita bien trajeada y con unos tacos altísimos, vino a emprenderla con sus cejas. Pincita en mano, comenzó a atacarla, indiferente a sus ruegos.

—Todas se quejan un poco la primera vez —dijo, en medio de los gritos desesperados de su víctima.

Cuando aquella dama funesta se retiró, avanzaron, como si fueran la ola imparable de un tsunami, otras dos. Una se ocupó de sus manos, y la otra de sus pies. Y Victoria, dócilmente y un tanto avergonzada, las dejó hacer sin ni siquiera chillar un poco (aunque la procesión iba por dentro).

Luego apareció Nina, como un vendaval. Corriendo la hizo pasar al área de lavado, caminando como pato, para no desarreglar el cuidadoso trabajo de la pedicura. Una vez allí, sacarse la gorra distó mucho de ser el placer que había soñado. Los mechoncitos, ahora de un rubio estremecedor, se resistían a entrar por el estrecho orificio por el que habían salido. Los tirones le hicieron recordar a su niñez, y la extraña forma que tenía Ramona de peinarla cuando se hacía tarde para ir al colegio... Pero cuando ya la gorra había sido removida, vino lo peor: se le aplicó un líquido que ardía como si fuera ácido. Fueron unos segundos, pero Victoria no pudo evitar proferir una palabrota.

—Ya está, ya está... —dijo Nina para consolarla—. Mírate... Has quedado hermosa.

Victoria observó su reflejo en el espejo que aquella mujer le alargaba: el elástico de la gorra removida se había clavado en el contorno de su cara y su cuello, dejando una huella profunda que le daba el aspecto de un Frankenstein recién remendado; sus cejas se veían inflamadas, y de un rojo violento; su pelo mojado alternaba un rubio exagerado con mechones oscurísimos.

Se hubiera quejado, pero la tal Nina no le dio oportunidad: —Debes ir a la zona de depilación, dos pisos más arriba —le ordenó.

Y hacia allí se dirigió Victoria, obediente a fuerza de cansancio, caminando como un pato, segura de que lo peor ya había pasado... Después de todo, ella, como muchas mujeres de piel blanca, era casi lampiña. Apenas se depilaba las axilas, y raras veces la parte más baja de las piernas... Pero cuando la recepcionista la recibió con una sonrisa, se estremeció, y comenzó a sospechar algo...

Si la tintura fue torturante, aquello fue la Inquisición completa. No dejaron pelo, por más recóndita o íntima que fuera su ubicación, sin remover. De nada valieron los ruegos de Victoria. Sólo con subir dos pisos, el mismo pelo que era idolatrado en planta baja, era allí considerado un enemigo mortal.

Una vez que acabaron con todos ellos (¡y con ella!), le permitieron bajar un piso. Y bastó hacerlo para que la pobre muchacha quedara sola frente a una puerta que enigmáticamente decía “peeling y exfoliación profunda”.

¡Para qué! ¡Al menos, antes, el ácido se lo habían echado sólo en el pelo! Ahora, en cambio, era directo a la cara. Claro que primero la dama en cuestión la anestesió con una charla densa y pesada acerca del imperdonable pecado de tener un cutis poblado de “puntos negros” y horribles granitos. Para cuando terminó en aquel piso, toda su cara ardía como si se la hubieran arrancado a pedazos... Y entonces, totalmente entregada a su destino, y sin ningún rastro de orgullo en su cuerpo, dócilmente regresó a las manos de Nina, su estilista personal.

Y aquella mujer, con una mirada angelical, y una sonrisa dulce en sus labios, comenzó, sin ninguna piedad, la más terrible tortura psicológica: tomó su tijera (mágica o no), y comenzó a cortar... Y a cortar... Y a cortar... Y el pelo, su amado pelo, comenzó a acumularse a su alrededor...

Se sentía, casi, como si estuviera perdiendo su inocencia...

Por fortuna, aquello duró poco. Y aún con el cabello húmedo, por primera vez en su vida, su peinado cobró forma, acomodándose a su cara con facilidad. ¡Hermoso!

—Voy a hacerte un “baño de crema” que no necesita calor para activarse...

Victoria suspiró aliviada...

—... así Débora podrá continuar con tus manos... Luego te llevaré al Spa.

¡Sí! El Spa... Fuere lo que fuere que se hiciera allí, al menos eso sonaba bien...

Pero antes de que pudiera terminar de alegrarse, la tal Débora ya se había instalado junto a ella, ensañándose otra vez con sus cutículas.

—¡Qué manos!... Son un horror... Déjame adivinar: eres escultora... De seguro te dedicas al arte...

—No. A la limpieza... —dijo Victoria con la sinceridad que la caracterizaba.

La mujer la miró confundida, pero luego creyó entender: —¡Ah!... ¡Claro!... No, si yo también parezco una sirvienta en mi casa. Nadie lava un plato ni que le vaya la vida en eso...

—No, no... Yo, antes de recibirme de contadora, me ganaba la vida limpiando oficinas... Creo que ha sido tanto lustra muebles lo que me ha arruinado las manos ...

La dama calló, sorprendida. Y luego fue hacia un cuartito en busca de algo que Victoria creyó entender que era “parafina”... ¿Parafina? ¿Lo mismo que usaba Doña Rosa para hacer velas aromáticas? ¿Para qué...

¡Ahhhh!

La mujer se apuró a sumergir las manos de Victoria en un líquido seroso y caliente. Al principio la sorprendió, pero luego se dejó acariciar por aquella tibieza.

Sentada más allá, esperando su turno frente a un espejo, una mujer de mediana edad, con una toalla enrollada como turbante en su pelo, y rodeada de cigarrillos a medio fumar, observaba a Victoria, muy interesada.

—¿Quién es esa muchacha? —preguntó a la joven que ahora le comenzaba a secar con diligencia el cabello.

—¿Cómo? ¿De verdad no sabe, Mirelle?... ¡Me extraña!... —y luego agregó, bajando la voz—: Es la única heredera de la fortuna Ferrari.

—¡Imposible!...

—Lo contó la mismísima Vanina... La pobre chiquilla está destruida... ¡No sabes como lloraba en la zona de depilación!... Parece que el viejo Ferrari tenía una hija de un primer matrimonio, y ahora la niña, que era pobre como una rata, ha aparecido de la nada, para llevárselo todo... Pero, eso sí, no cuentes nada a nadie, por favor... ¡Es un secreto!

Mirelle D'Arc, la periodista más chismosa de toda la farándula, cerró los ojos con fruición.

¡Muy interesante!...

* * *

La justicia en la Argentina, como toda la que se consigue en este mundo de los hombres, era lenta y, la mayoría de las veces, inexistente. Por eso el joven abogado Eduardo Rolón no se sorprendió cuando a las siete de la mañana encontró las puertas del Juzgado cerradas por tercer día consecutivo, “por paro y movilización”, según rezaba el cartel.

Inocentemente había creído arreglado el conflicto, conforme a lo anunciado en los diarios de la mañana, pero, al parecer, era ahora el personal de maestranza el que se negaba a trabajar en los atiborrados edificios, donde los expedientes se acumulaban hasta en los baños, poniendo en peligro de derrumbe las vetustas estructuras. Una causa justa, sin duda, que sólo servía para dilatar millones de otras causas justas.

Pero cuando el más joven de los Rolón ya daba la mañana por perdida, dos pasos más allá apareció, como caído del cielo, la persona que había intentado contactar las últimas veinticuatro horas: el mismísimo Nicolás Expósito, un abogado que trabajaba en el estudio del Dr. Uriburú, y que vivía... ¡en la casa de los Ferrari!

—¡Nicolás!...

— ¡Eduardo!. Tú también has caído...

—¡Qué vamos a hacer!...Si fuera lo único que no funciona en este país, no tendría quejas, pero...

Los dos amigos se devolvieron un gesto de resignación.

—¿Cómo andan las cosas con la nueva heredera?

—Me lo tendrías que decir tú. Es tu propio padre el que mejor la conoce...

—El doctor Rolón es muy terco, y me quiere fuera de este asunto. Todavía no me perdona que Ferrari prefiriera hacer su testamento conmigo...

—Entiendo. Se siente amenazado... Lo mismo me ocurre a mi con Uriburu..., ¡y ni siquiera soy su hijo!...

—Pero, ¡vamos!, cuéntame cómo es la heredera...

—¿Qué quieres que te diga? En la casa no están nada felices con su presencia.

—Pero, ¿cómo es ella?

—A mi me ha caído razonablemente bien. Parece buena persona, y bastante sincera.

—Y como mujer, ¿qué tal está?

—¡Qué dices!... Yo vivo allí. No me he fijado en esas cosas...

—¡Vamos, Expósito!... ¡Que nos conocemos desde la facultad!... No te hagas el santo conmigo...

—Como las otras dos hermanas, es una linda muchacha. La única diferencia es que ésta ha heredado los ojos de su padre.

—¡Los ojos, y todo lo demás! ¡La niña es ahora una mujer rica!

—No te entusiasmes... Está a punto de casarse con un contador. Alguien que conoció en la universidad hace ya siete años...

Los ojos del otro relampaguearon.

Y es que si algo se podía alabar de Eduardo Rolón era su rapidez. Rapidez para conquistar mujeres, rapidez para abandonarlas, rapidez para enredar las cosas, y rapidez para entender lo que estaba oculto en las palabras.

—¿Cómo se llama esa niña?, preguntó, confiado. Pero no necesitó escuchar la respuesta.

Después de todo, aquella había sido la más productiva de las mañanas...

* * *

Victoria ronroneó de placer. Aquello era maravilloso. Y no sólo por el aroma embriagador de los aceites esenciales, sino también por ese masaje delicioso que servía para transportarla al paraíso. La dama (¿o era un ángel?) aplicaba con sus manos el punto justo de tensión, recorriendo todo su cuerpo con fuerza, y a la vez con suavidad. La mente de Victoria comenzó a viajar al compás

de aquellas caricias. Se sentía feliz y relajada, como cuando era pequeña y se perdía más allá de los confines de la granja, hacia el bosque que precedía los peligros de la selva cercana. Le gustaba tocar la textura de los árboles, sentir su olor, correr entre ellos, o trepar por sus ramas para poder ver el azul del cielo. Y pensando en aquel bosque de su infancia, se quedó dormida, y comenzó a soñar... Era de noche, y la luz de la luna apenas lograba filtrarse por el denso follaje. Victoria caminaba casi a tientas, buscando a alguien. Alguien que necesitaba. Pero tras un árbol, Ramona, envuelta todavía en su mortaja, la esperaba, amenazadora. Al verla, echó a correr. Podía sentir las ramas golpeando su rostro, lastimándola. Corrió sin parar, con desesperación, hasta que algo la contuvo. Era un hombre que había llegado para protegerla. Ella sólo podía ver sus manos grandes, masculinas, que la acariciaban ahora con dulzura. Y aquel hombre fuerte comenzó a apretarla contra su pecho... Se sentía feliz. Había hallado lo que estaba buscando. Pero no le bastaba con estar junto a él, tenía también que verlo, que encontrarse con su mirada. Así que, con lentitud, comenzó a levantar la cabeza, y...

—¡Victoria!... Te has quedado dormida —le dijo Nina, su esteticista asignada—. Entiendo que estés cansada, pero ya casi acabamos. Sólo falta el peinado, y te vas a casa...

La muchacha la observó con algo de frustración.

—Está bien, te doy cinco minutos más... ¡Pero no te tardes!

Victoria volvió a cerrar los ojos, tratando de recobrar aquella dulce sensación. Pero fue imposible. La vida comenzaba otra vez... ¡Lástima!...

¿En verdad existiría un hombre capaz de hacerla sentir así?

* * *

—Cohen...

López ya llevaba dos minutos golpeando la puerta de su jefe, pero ¡nada!... ¿Dónde se habría metido?

—¿Buscas a Cohen? —preguntó Vázquez.

—Sí. He venido directo desde Aeroparque. Recién acabo de llegar. Estoy muy cansado, pero no quería dejar pasar el fin de semana, sin informarle los resultados de la auditoría...

Vázquez dejó escapar una sonrisa pícaro. —¡Qué buen empleado! —se burló.

—Bueno, de paso quería pedirle no venir a trabajar el lunes. ¡El viaje me ha dejado exhausto!...

—¡Ya lo creo!. Has perdido conciencia hasta de la hora... Ya son las ocho, y sabes perfectamente que Cohen se desaparece todos los viernes a las siete, y no regresa

hasta las ocho del lunes. ¡Es imposible molestarlo durante el fin de semana!

—¡Es cierto!... Ya me parecía raro que no me contestara... —dijo López mansamente, pero sin dejar de mirar a su compañero—. En fin..., tendré que resignarme... —añadió, esperando su reacción. Pero, el otro, ¡nada!, así que al final decidió hacer un último intento por quebrar aquel voto de silencio—: ¡Vamos, Vázquez!... ¡No me hagas sufrir!... Tú eres su compinche. Debes saber adónde se va, o tener un teléfono donde llamarlo, en caso de urgencia.

—¿De Cohen?!... ¿Te has vuelto loco?! También para mí su vida privada es un misterio...

—Loli, la de conserjería, dice que cada semana toma un autobús hacia una playa, para reunirse con su esposa y sus hijos. Según ella, en dos oportunidades distintas lo llamaron para cambiar la hora de un pasaje. Y una vez la hizo llamar por teléfono durante dos horas, hasta que pudo comunicarse con una mujer en Cariló. Y no era ninguna cliente, por cierto...

—¿Una mujer?... Probablemente... En la facultad siempre tenía un séquito de admiradoras. Pero entonces era distinto. Alegre, y... Luego lo perdí de vista unos años, y cuando lo volví a encontrar ya era...Sí, es cierto. Un hombre como él no creo que se la pase sin sexo. Y aquí nunca está con nadie... Pero, ¿una esposa? ¡Jamás!

—¿Te imaginas a Cohen diciendo palabras de amor? — se burló López.

En un principio Vázquez también se rió, pero de inmediato se puso serio.

—¿Sabes?... Pensándolo bien: no se necesita amar para estar casado con alguien... ¿Una esposa? ¡Puede ser!...